

Recortes

Las ingenuidades necesarias

Joaquín Hernández Alvarado

Hay un reproche que suele hacerse hoy en día con mucha insistencia al conjunto de las ciencias humanas (y de ellas sobre todo a la historia actual), a la literatura, a la filosofía e incluso a la teología. Se trata de la creciente dificultad de acceso a la comprensión de sus respectivos textos. El discurso de todas estas disciplinas pecaría de un gravísimo defecto: Su carácter hermético. La consecuencia es obvia: la distancia entre el público y el intelectual, entre la opinión cotidiana y la fundamentación coherente.

Existe, sin embargo un "olvido" en esta queja: nadie discute el carácter especializado de las ciencias positivas. Esta aceptado "socialmente" que la física, la química (incluso en sus versiones clásicas anteriores a 1905) las geometrías euclidianas y no euclidianas sean teóricamente difíciles y que no cualquier lector -pese a la extraordinaria importancia de sus planteamientos- está sin más capacitado para llegar a ellas. Quizá su carácter de ciencias "exactas" (?) les disculpe a priori de todo pecado...

Otro es el caso con respecto a las ciencias humanas y al conjunto de disciplinas "humanísticas". La exigencia que se les hace es la de la transparencia absoluta. Así, se exige de la historia las síntesis brillantes y armónicas que conlleven cierta cuota de emoción tipo Spengler, Toynbee, etc. Al cine se le piden argumentos lineales y fácilmente comprensibles con personajes de rasgos acentuadamente marcados. A la literatura que nos emocione sea con base a temas fácilmente comprensibles y de "dominio público", sea con descripciones que compitan en cuanto a nitidez con la mejor de las cámaras fotográficas que los japoneses hayan puesto en el mercado. En fin, que la televisión nos permita tener una buena digestión mientras contemplamos entusiasmos venciendo al mal pese, por supuesto, a la increíble astucia de este último. Lo que se echa en cara pues a todos estos "saberes" es que no nos dicen lo que queremos oír, lo que nos gusta escuchar de la vida cotidiana: "espejo, espejo, ¿quién es el más bello?"...

Quienes practican esta crítica sustentan implícita o explícitamente la necesidad de un "populismo" al interior de las ciencias humanas y de las demás disciplinas arriba indicadas. Populismo intelectual por cierto y cargado de buenas intenciones. ¿Qué mejor destino el de todos estos discursos teóricos que enriquecer, informar, "ilustrar" al grueso del público? la salida es obvia: los intelectuales tienen que aprender a comunicarse, a ser accesibles, a hablar en definitiva el mismo lenguaje de la cotidianidad. Así, por ejemplo, la "Crítica de la Razón pura" sería comprensible en una versión adaptada hecha por ejemplo por Lolita de la Colina o por Pérez Botija. Los textos de Miller podrían servir como citas sobre el amor en alguna de las revistas de "destape" al lado de las inquietantes figuras femeninas. Y los planteamientos de un Visconti, de un Fellini o de un Pasolini ser diseccionados en cómodas series no irritantes ni agrestes.

Es lamentable cortar estas ilusiones en flor. El lenguaje de las ciencias humanas, de la filosofía, de la literatura, del arte en general no es un instrumento del que se puede disponer a voluntad. Ni la "función" de ninguno de los saberes señalados consiste en ser una apología, un adorno de lo que día a día pensamos, sentimos y valoramos. Hay que admitirlo: hay una ruptura, un divorcio entre las artes y las ciencias no exactas y la cotidianidad. Entenderlas no consiste en volver asequibles sus argumentos; se trata más bien de asimilar su fuerte dosis de crítica, de negatividad. A lo mejor resulta incompatible devorar una hamburguesa succulenta con un batido de frambuesa mientras los personajes de Bergman se desgastan en la soledad del monólogo. La solución es obvia: la cartelera es amplia. Hay, glosando al libro de la sabiduría, días de hamburguesa y de "ice cream", días de "pop corn" y de gaseosa, días de "hot-dog" y de refrescos de naranja. Y otros, para evaluar la vida, para impresionarse de sus contradicciones, para mejor captar sus dimensiones. Es triste pero es así: las vidas "ejemplares" han terminado...

Cortázar: Del juego y sus amores

Domingo II 19 84

Joaquín Hernández Alvarado

Ningún olvido es casual. El olvido es también una forma de definir las verdades. Más que eso: la fuerza del olvido es la fuerza del deseo. Desde hace más de veinte años -para ser exactos, julio de 1963 y cinco mil ejemplares- "Rayuela" anda suelta, por el mundo. Sus vueltas y sus revueltas, sus saltos, pero también sus traspiés y retrocesos, sus bailes en círculo, ¿han llegado a cansarnos o todavía nos mantienen expectantes, esperando que ese girar nos descubra una vez más, una nueva dimensión de nuestro propio rostro? Lo que en un momento "Rayuela" mostró cruda, "sangronamente" ¿lo estamos olvidando? ¿Y de qué clase de olvido se trata?

Como era obvio, a la aparición de la novela las interpretaciones y las filiaciones fueron prácticamente infinitas. Y las tomas de posición frente a ella, radicales. Desde la adhesión de Carlos Fuentes escribiendo en "Mundo Nuevo": "Rayuela: la novela como caja de Pandora", hasta las furias de Manuel Pedro González que decide intentar aplastar a nuestro escritor argentino lanzándole las obras de Joyce. De las filiaciones, ni hablar: Breton, Eluard, Vaché, Joyce, Sartre, Beckett, Ionesco, Borges, etc. ¿Ha tenido jamás un hijo -¿una hija?- tantos padres? Y como siempre, en la maternidad literaria, los progenitores se confunden. Quien dirime generalmente es la enfermera... de turno...

Las interpretaciones subían y bajaban por todos los planos. Se trataba -decían unos- de plantear hasta el límite el absurdo de la condición humana. Entonces, replicaban otros, hubiese sido de alta importancia pedagógica e indispensable aporte de seriedad humana que los personajes de Andrés Malraux, Kyo Gisors por ejemplo, enseñasen día a día, puntualmente, a los Srs. Horacio Oliveira y Traveler el uso de la metralleta de la mano, de la fabricación de la bomba casera y de la conversación metafísica sobre el destino del hombre a la sombra de un tarque... Si en "el Principio está la acción", ¿cómo tolerar el planteamiento cortazariano: "Rebelión, confort, el Yin y el Yang, la contemplación o la Tatigkeit, avenida arrollada o perdiciones faisandées, Lascaux o Mathieu, qué hamaca de palabras, que dialéctica de bolsillo con tormentas en piyama y cataclismos de living room. El solo hecho de interrogarse sobre la posible elección vicia y enturbia lo elegible. Que sí, que no, que en ésta está... Parecería que una elección no puede ser dialéctica, que su planteo la empobrece, es decir la falsea, es decir la transforma en otra cosa. Entre el Yin y el Yang, ¿cuántos eones? Del sí al no ¿cuántos quiza?"...

Porque "Rayuela" fue vista, además, como símbolo del laberinto que es la vida del hombre, como la constatación de la inexistencia de un centro ordenador (¿cómo olvidar aquí a Pas-

cal: "la naturaleza es una esfera espantosa cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna"?), como la expresión del problema del desarraigo (Buenos Aires-Paris, Buenos Aires), como imposibilidad de comunicación de la pareja y de decir o hacer algo sobre el amor que no esté ya pre-viamente hipotecado por la costumbre, como la formulación del estadio del narcisismo (Horacio-Traveler; La Maga-Talía), como crítica masoquista de los intelectuales, como coronación, en fin, de la duda de todas las verdades. Sólo que en este último caso, dicha interpretación resultaba ofensiva: Hilaire Belloc escribiendo "La crisis de nuestra civilización", Spengler, "La decadencia de Occidente", Maritain, "El Cam- pesino del Garona" o Lukacs "El Asalto a la Razón"... a esco-ger: de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso..."

Al paso de estos veinte años muchos de esos temas no nos preocupan ya, sea porque o eran demasiado fruto del momen-to o porque han sido planteados -antes o después- con mayor profundidad. Obras anteriores que no conocíamos por mil ra-zones - "Voyage au bout de la nuit" de Céline -que iban más allá en la desesperación. Novelas de la pérdida total de senti-do en diálogo con toda nuestra tradición como "La muerte de Virgilio" de Broch. Pesquisa de todas las dimensiones de la estructura humana en "El Cuarteto de Alejandría" de Durrel. Destrucción en fin de la identidad y del amor en "La inoste-nible ligereza del ser", de Milan Kundera.

Pero hay algo que nos mantiene en "Rayuela". Se dice que los grandes amores nunca terminan. Claro, a condición de que jamás se identifiquen con un solo rostro, con una misma calle o con una idéntica figura. Todo itinerario es válido en la calle da: en que no nos lleve al sitio esperado. Sabemos desde el principio cuál es ese sitio: la muerte. Nuestra muerte. Cada rostro nuevo que adoptemos, cada salto en la rayuela, cada primera vez que adoptemos, cada repetición del mismo jazz que la posible nueva relación, cada transgresión que a su debi-da oportunidad nos hizo felices, cada nueva ciudad que deci-mos amar u odiar, cada copa generosamente servida con un amigo en cualquier noche no son sino formas de jugar con la muerte, de huir del deseo del olvido total de nosotros mismos, que vive en nosotros mismos.

Julio Cortázar lo sabía. Por eso hizo del juego, del humor, de la ironía que sólo la cultura puede dar, los emblemas de su obra. Por eso, en sus últimas semanas, en la soledad, pudo mantener lo que un día escribió: "El payaso y la mujer se con-sultaban en silencio: hacíamos un perfecto triángulo insopor-table, algo que tenía que romperse con un chasquido. Me les rei en la cara y eché a andar..."

Recortes